

La sinodalidad como alternativa a una Iglesia polarizada. Análisis del documento de trabajo para la etapa continental

Juan Pablo García Maestro, OSST¹

Resumen

Caminar hacia una Iglesia sinodal implica tomar conciencia de las tensiones que genera vivir la unidad en la diversidad. Una de las tensiones es la de quedar atrapado en el conflicto, que es lo que estamos viviendo en nuestra Iglesia tan polarizada. Cuando nos quedamos atrapados en el conflicto se estrechan los horizontes, se pierde el sentido de la totalidad y nos fragmentamos en subidentidades. Es la experiencia de Babel y no la de Pentecostés. Otra tensión es la de separarse espiritualmente, desinteresándose de las tensiones en juego, continuando la propia senda sin implicarse con los cercanos en el camino.

Por el contrario, “la llamada es a vivir la tensión entre la verdad y la misericordia, como hizo Jesús. El sueño es el de una Iglesia que vive plenamente una paradoja cristológica: proclamar con audacia la propia enseñanza auténtica y, al mismo tiempo, ofrecer un testimonio de inclusión y aceptación radicales mediante un acompañamiento pastoral basado en el discernimiento” (DEC 30).

Palabras clave

Espíritu Santo, *sensus fidei*, sinodalidad, discernimiento, escuchar, unidad, diversidad, igualdad, conversión.

1 Trinitario. Profesor en el Instituto Superior de Pastoral (UPSA-Madrid) y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas “San Pío X” (Madrid)

Introducción

El 27 de octubre de 2022 se publicaba el Documento de trabajo para la Etapa Continental (DEC)² en este Proceso Sinodal que estamos viviendo y que concluirá en octubre de 2024. La pregunta esencial que acompaña todo el proceso sinodal es la siguiente: “¿Cómo se realiza hoy, a diversos niveles (desde el local al universal) ese “caminar juntos” que permite a la Iglesia anunciar el Evangelio, de acuerdo a la misión que le fue confiada; y qué pasos el Espíritu nos invita a dar para crecer como Iglesia sinodal?” (DEC 2). A través de este proceso hemos descubierto que la sinodalidad es un modo de ser Iglesia; es más, el modo. “El Espíritu Santo nos pide que seamos más sinodales” (DEC 3).

¿Qué es y qué se pretende con este Documento de trabajo para la Etapa Continental? Ante todo aclarar que no se trata de un documento conclusivo, porque el proceso está lejos de finalizar; no es un documento del Magisterio de la Iglesia, ni el informe de una encuesta sociológica, no ofrece la formulación de indicaciones operativas, ni la elaboración completa de una visión teológica, aunque incluya el precioso tesoro teológico contenido en el relato de una experiencia: la de haber escuchado la voz del Espíritu por parte del Pueblo de Dios, permitiendo que surja su *sensus fidei*. Pero también es un documento teológico en el sentido de que está orientando al servicio de la misión de la Iglesia: anunciar a Cristo muerto y resucitado para la salvación del mundo.

Por otra parte, este documento no da una definición de sinodalidad porque ya lo hizo el Documento Preparatorio de la fase local o diocesana, sino que expresa el sentido compartido de la experiencia de la sinodalidad vivida por los participantes. Esto es lo que pretende demostrar el primer capítulo del documento. Lo que se percibe es una profunda reapropiación de la dignidad común de todos los bautizados, auténtico pilar de la Iglesia sinodal y fundamento teológico de esa unidad que es capaz de resistir el impulso al “uniformismo”

2 Secretaría General del Sínodo, *Ensancha el espacio de tu tienda (Is 54, 2)*. Documento de trabajo para la Etapa Continental, San Pablo, Madrid 2022.

y valora la diversidad de vocaciones y carismas que el Espíritu derrama sobre los fieles con una abundancia inesperada (cfr. DEC 9).

El segundo capítulo presenta un icono bíblico – la imagen de la tienda con la que se inicia el capítulo 54 del libro de Isaías– que ofrece una clave de interpretación de los contenidos del DEC a la luz de la Palabra, insertándolos en el marco de una promesa de Dios que se convierte en vocación para su Pueblo y su Iglesia: “¡Ensancha el espacio de tu tienda!”. Esta tienda es un espacio de comunión, un lugar de participación y una base para la misión.

El tercer capítulo del DEC se articula las palabras clave del camino sinodal con los frutos de la escucha del Pueblo de Dios. Para ello, los frutos se estructuran en torno a cinco tensiones creativas que se interrelacionan:

- La escucha, como apertura a la acogida a partir de un deseo de inclusión radical- ¡que nadie quede excluido!, se ha de entender en una perspectiva de comunión con las hermanas y hermanos y con el Padre común. Esta escucha ha de ser entendida en su significado teologal de la actitud de un Dios que escucha a su Pueblo, y el seguimiento de un Señor que los Evangelio nos presentan constantemente en escucha de la gente que se encuentra con él por los caminos de Tierra Santa. En este sentido la escucha es ya misión y anuncio.
- El impulso hacia la misión. Se trata de una misión que los católicos reconocen que deben llevar a cabo con sus hermanos de otras confesiones y en diálogo con creyentes de otras religiones.
- El compromiso de llevar a cabo la misión requiere un estilo basado en la participación, que corresponde a la plena asunción de la corresponsabilidad de todos los bautizados para la única misión de la Iglesia que se deriva de su dignidad bautismal común.
- Para vivir la comunión, la participación y la misión se requieren estructuras e instituciones que incluyan a personas debidamente formadas y sostenidas por una espiritualidad viva.
- La liturgia, especialmente la liturgia eucarística, fuente y cumbre de la vida cristiana, que reúne a la comunidad, haciendo tangible la comunión, permite el ejercicio de la participación y alimenta, con la Palabra y los sacramentos, el impulso hacia la misión.

Por último, el cuarto capítulo lanza una mirada al futuro recurriendo a dos elementos, ambos indispensables para avanzar en el camino: el espiritual, que contempla el horizonte de la conversión misionera sinodal, y de la metodología para los próximos pasos de la Etapa Continental.

1. Luces y sombras de la experiencia del proceso sinodal

La experiencia “sinodal” en curso ha despertado en los fieles laicos, la idea y el deseo de implicarse en la vida de la Iglesia, en su compromiso en el mundo contemporáneo y en su acción pastoral.

Se señalan los frutos, las semillas y las malas hierbas de la sinodalidad en la primera fase del proceso sinodal. Entre los frutos de la experiencia sinodal, varias síntesis destacan el fortalecimiento del sentimiento de pertenencia a la Iglesia y la toma de conciencia, a nivel práctico, de que la Iglesia no son solo los sacerdotes y los obispos. Al compartir la pregunta fundamental, ¿cómo se desarrolla este caminar juntos en tu Iglesia particular hoy?, se ha observado que la gente pudo darse cuenta de la verdadera naturaleza de la Iglesia y, a esta luz, han sido capaces de ver la situación de su Iglesia particular (DEC 16).

Muchos han subrayado que era la primera vez que la Iglesia les pedía su opinión y que deseaban continuar este camino: deben continuar las reuniones en el espíritu del método sinodal, donde todos los miembros de la asamblea o comunidad pueden expresar abierta y honestamente su opinión, y también deben continuar las reuniones con diversos grupos externos a la Iglesia. Este tipo de cooperación debería convertirse en una de las “leyes no escritas” de la cultura de la Iglesia, para fomentar el acercamiento entre los miembros de la Iglesia y los grupos de la sociedad, creando así una disposición por parte de la gente a entablar un diálogo más profundo.

Pero también se dan expresiones muy claras de rechazo, de falta de confianza en el Sínodo. Piensan que se ha convocado para introducir más cambios en las enseñanzas de Cristo e infligir más heridas a su Iglesia. A menudo se ha manifestado la preocupación de que el

énfasis en la sinodalidad pueda presionar para que se adopten en la Iglesia mecanismos y procedimientos centrados en el principio de la mayoría democrática. Entre las dificultades está también el escepticismo sobre la eficacia real o la intención del proceso sinodal: “algunos expresaron dudas sobre el resultado del proceso sinodal debido a la percepción de la Iglesia como una institución rígida que no quiere cambiar y modernizarse, o por la sospecha de que el resultado del Sínodo esté predeterminado” (DEC 18).

Numerosas síntesis mencionan los temores y las resistencias de parte del clero, así como la pasividad de los laicos, su miedo a expresarse libremente y la dificultad de articular el papel de los pastores con la dinámica sinodal: en este proceso también ha habido resistencias, falta de participación, comunidades que no se incorporan. Ello, en parte, pudo ser por la novedad del desafío planteado, pues muchas comunidades no están acostumbradas a esta forma de vivir la Iglesia. También, se ha debido a que algunos dirigentes y pastores no asumieron el papel animador y conductor que les correspondía. Varios informes diocesanos se quejan de la falta o del débil involucramiento de los sacerdotes. Las consultas en las diócesis y a nivel nacional han mostrado que la relación entre los sacerdotes y los fieles es en muchos lugares difícil. Se critica la distancia que se percibe entre el clero y los laicos y en algunos lugares los sacerdotes se experimentan incluso como un obstáculo para una comunidad fructífera.

Un obstáculo especialmente importante para caminar juntos es el escándalo de los abusos cometidos por miembros del clero o por personas que ejercen cargos eclesiásticos: en primer lugar, los abusos contra menores y personas vulnerables, pero también los de otro tipo (espirituales, sexuales, económicos, de autoridad, de conciencia). Una cuidadosa y dolorosa reflexión sobre el legado de los abusos llevó a muchos grupos sinodales a pedir un cambio en la cultura eclesial con miras a una mayor transparencia, responsabilidad y corresponsabilidad.

En demasiados países el proceso sinodal también se ha topado con las guerras que ensangrientan nuestro mundo, dando riendas sueltas a fanatismos de todo tipo y a persecuciones, incluso masacres. Para la Iglesia en Ruanda este Sínodo les ha hecho comprender me-

por que la pastoral de la unidad y la reconciliación debe seguir siendo una prioridad (DEC 21).

Finalmente, destacar que las prácticas de la sinodalidad vivida han constituido un momento crucial y precioso para darse cuenta de cómo todos, por el bautismo, compartimos la dignidad y la vocación común de participar en la vida de la Iglesia. Ha crecido la conciencia de la importancia de quienes han recibido la gracia del bautismo caminen juntos, compartiendo y discerniendo a qué les llama la voz del Espíritu. Hay una profunda toma de conciencia de que en una Iglesia sinodal caminar juntos es el camino para ser una Iglesia misionera. Muchas Iglesias locales, en contextos en los que están presentes muchas confesiones cristianas, ponen de relieve la dignidad bautismal común a todos los cristianos y la misión común al servicio del Evangelio: un proceso sinodal no está completo sin el encuentro con las hermanas y hermanos de otras confesiones, sin compartir y dialogar con ellos y sin comprometerse en acciones comunes. Las síntesis expresan el deseo de un diálogo ecuménico más profundo y la necesidad de formación a este respecto (DEC 22).

2. “Ensancha el espacio de tu tienda” (Is 54,2). Diversidad y discernimiento

El texto bíblico que ilumina esta etapa continental es el del profeta Isaías 54, 2: “Ensancha el espacio de tu tienda, extiende los toldos de tu morada, no los restrinjas, alarga tus cuerdas, refuerza tus estacas”.

Estas palabras del profeta son dirigidas a un pueblo que vive la experiencia del exilio y que nos ayudan a centrarnos en lo que el Señor nos llama a través de la experiencia de una sinodalidad vivida. La palabra del profeta recuerda al pueblo exiliado la experiencia del éxodo y la travesía del desierto, cuando vivían en tiendas, y anuncia la promesa del regreso a la tierra, signo de alegría y esperanza. Para prepararse, es necesario ampliar la tienda, actuando sobre los tres elementos de su estructura. El primero son los toldos, que protegen del sol, el viento y la lluvia, delineando un espacio de vida y convivencia. Deben desplegarse, para que también puedan proteger a los que están fuera de este espacio, pero que se sienten llamados

a entrar en él. El segundo elemento estructural de la tienda son las cuerdas, que mantienen unidos los toldos. Deben equilibrar la tensión necesaria para evitar que la tienda se derrumbe con la flexibilidad que amortigüe los movimientos provocados por el viento. Por último, el tercer elemento son las estacas, que anclan la estructura al suelo y garantizan su solidez, pero que siguen siendo capaces de moverse cuando hay que montar la tienda en otro lugar (DEC 26).

Estas palabras del profeta Isaías nos invitan hoy a imaginar a la Iglesia como una tienda del encuentro que acompañó al pueblo en su travesía por el desierto. La Iglesia está llamada a expandirse, pero también a moverse. En su centro está el tabernáculo, es decir, la presencia del Señor. La firmeza de la tienda está garantizada por la solidez de sus estacas, es decir, los cimientos de la fe que no cambian, pero sí pueden ser trasladados y plantados en un terreno siempre nuevo, para que la tienda pueda acompañar al pueblo en su caminar por la historia. Pero la tienda, para no hundirse debe mantener el equilibrio entre las diferentes presiones y tensiones a las que está sometida. Esta metáfora expresa la necesidad del discernimiento. En muchas síntesis enviadas imaginan a la Iglesia como una morada espaciosa, pero no homogénea, capaz de cobijar a todos, pero abierta, que deja entrar y salir (cfr. Jn 10, 9), y que avanza hacia el abrazo con el Padre y con todos los demás miembros de la humanidad.

“Ensanchar la tienda requiere acoger a otros en ella, dando cabida a su diversidad. Implica la disposición a morir a sí mismo por amor, encontrándose en y a través de la relación con Cristo y con el prójimo (cf. Jn 12,24). La fecundidad de la Iglesia depende de la aceptación de esta muerte y que implica una experiencia de vaciamiento de uno mismo para dejarse llenar por Cristo a través del Espíritu Santo y, por tanto, un proceso a través del cual recibimos como un don las relaciones más ricas y los vínculos más profundos con Dios y con los demás. Esta es la experiencia de la gracia y la transfiguración. Es lo que san Pablo recomienda: “Tened en vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo” (Flp 2,5-7) (DEC 28).

3. Hacia una Iglesia sinodal misionera que vive la unidad en la diversidad

La imagen bíblica de la tienda es central a lo largo del Documento, pero en numerosas síntesis aparecen otras imágenes como la de la familia y la del hogar, como lugar al que se desea pertenecer y al que se desea volver. La Iglesia-casa no tiene puertas que se cierran, sino un perímetro que se ensancha continuamente. La dinámica del hogar y el exilio, de la pertenencia y la exclusión se percibe en las síntesis como una tensión: “los que se sienten en casa en la Iglesia echan de menos a los que no se sienten en casa. A través de estas voces, percibimos el sueño divino de una Iglesia global y sinodal que vive la unidad en la diversidad. Dios está preparando algo nuevo y debemos colaborar” (DEC 29).

Sin embargo, somos conscientes de las tensiones que genera vivir la unidad en la diversidad. Y la primera es la de quedar atrapado en el conflicto, que es lo que estamos viviendo en nuestra Iglesia tan polarizada. Cuando nos quedamos atrapados en el conflicto se estrechan los horizontes, se pierde el sentido de la totalidad y nos fragmentamos en subidentidades. Es la experiencia de Babel y no la de Pentecostés. La segunda tensión es la de separarse espiritualmente, desinteresándose de las tensiones en juego, continuando la propia senda sin implicarse con los cercanos en el camino. Por el contrario,

“la llamada es a vivir la tensión entre la verdad y la misericordia, como hizo Jesús. El sueño es el de una Iglesia que vive plenamente una paradoja cristológica: proclamar con audacia la propia enseñanza auténtica y, al mismo tiempo, ofrecer un testimonio de inclusión y aceptación radicales mediante un acompañamiento pastoral basado en el discernimiento” (DEC 30).

El camino hacia una mayor inclusión- la tienda extendida- comienza por la escucha y requiere de una conversión más amplia y profunda en las actitudes y las estructuras, de nuevos enfoques en el acompañamiento pastoral y de la disposición a reconocer que las periferias pueden ser el lugar donde resuena una llamada a la conversión y a poner en práctica el Evangelio más decididamente. Escuchar requiere reconocer al otro como sujeto del propio viaje. Cuando

lo conseguimos, los demás se sienten acogidos, no juzgados, libres de compartir su camino espiritual. Esto se ha experimentado en muchos contextos y para algunos ha sido el aspecto más transformador de todo el proceso. La experiencia sinodal puede leerse como un camino de reconocimiento para aquellos que no se sienten suficientemente reconocidos en la Iglesia.

Las síntesis muestran que muchas comunidades han comprendido la sinodalidad como una invitación a escuchar a los que se sienten exiliados de la Iglesia. Los grupos que experimentan un sentimiento un sentimiento de exilio son diversos, empezando por muchas mujeres y jóvenes que no ven reconocidos sus dones y capacidades.

Entre los que piden un diálogo más incisivo y un espacio más acogedor encontramos a quienes, por diversas razones, sienten una tensión entre la pertenencia a la Iglesia y sus propias relaciones afectivas, como, por ejemplo: los divorciados vueltos a casar, los padres y madres solteros, las personas que viven en un matrimonio polígamo, las personas LGBTQ. Las síntesis muestran cómo este reclamo de una acogida desafía a muchas iglesias locales: la gente pide que la Iglesia sea un refugio para los heridos y rotos, no una institución para los perfectos. Quieren que la Iglesia salga al encuentro de las personas allí donde se encuentran, que camine con ellas en lugar de juzgarlas, que establezca relaciones reales a través de la atención y la autenticidad, y no con un sentimiento de superioridad". También hay un nuevo fenómeno en la Iglesia que es una novedad absoluta: las relaciones entre personas del mismo sexo. Esta novedad es confusa para los católicos y para los que la consideran pecado. El Documento hace mención a los católicos de Lesotho (África) que han empezado a practicar este comportamiento y esperan que la Iglesia los acoja a ellos y a su forma de comportarse. Esto es un reto problemático para la Iglesia porque estas personas se sienten excluidas. Por otra parte, los que han dejado el ministerio ordenado para casarse también piden mayor acogida y apertura al diálogo (DEC 39).

Ensanchar la tienda está en el centro de la acción misionera. Por lo tanto, una Iglesia sinodal representa un poderoso testimonio del Evangelio en el mundo: "el Espíritu Santo está impulsando a que

se renueven estrategias, empeños, dedicación y motivación para caminar juntos, llegar a los más alejados, llevando la Palabra de Dios con entusiasmo y alegría, usando los talentos, dones y capacidades asumiendo los nuevos retos y provocando cambios culturales a la luz de la fe y de la vida de la Iglesia. El mundo necesita una Iglesia en salida, que rechace la división entre creyentes y no creyentes, que vuelvan su mirada a la humanidad y le ofrezca, más que una doctrina o una estrategia, una experiencia de salvación, un desborde del don que responda al grito de la humanidad y de la naturaleza.

La inmensa mayoría de las síntesis señalan la necesidad de proporcionar formación en el tema de la sinodalidad. Las estructuras no son suficientes por sí solas: es necesario un trabajo de formación permanente que apoye una cultura sinodal generalizada, capaz de articularse con las particularidades de los contextos locales para facilitar una conversión sinodal en el modo de ejercer la participación, la autoridad y el liderazgo para un desempeño más eficaz de la misión común. No se trata simplemente de aportar conocimientos técnicos o metodológicos específicos. La formación a la sinodalidad atraviesa todas las dimensiones de la vida cristiana y solo puede ser una formación integral que atienda a la dimensión personal, espiritual, teológica, social y práctica. Para ello, es imprescindible una comunidad de referencia, porque hay un principio del caminar juntos que es la formación del corazón, que trasciende los saberes concretos y abarca la vida entera. Esta formación debe dirigirse a todos los miembros del Pueblo de Dios (DEC 83).

4. Mirando al futuro

Mirando al futuro, el Pueblo de Dios expresa el deseo de ser menos una Iglesia de mantenimiento y conservación, y más una Iglesia misionera³. La sinodalidad conduce a la renovación misionera.

3 Para esta cuestión envío a mi libro *La opción misionera renovará la Iglesia*, PPC, Madrid 2018, especialmente el capítulo IV que lleva como título “Parroquia y evangelización. De una parroquia de mantenimiento a una parroquia misionera”, págs. 73-105.

En la actualidad, constatamos que el programa del papa Francisco es, en esencia, una pastoral misionera; y una pastoral misionera no espera que la gente visite el barco, sino que va a buscar allá donde esté. La Iglesia debe ser una comunidad “en salida”. La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunidad misionera” (EG 23).

Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, sin demoras y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. “No temáis, dice el ángel a los pastores, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo” (Lc 2, 10).

“La pastoral en clave misionera pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades” (EG 33).

La presencia más eficaz y más fecunda hoy desde el punto de vista de la evangelización es la presencia del testimonio, mucho más eficaz que la presencia de la palabra o del discurso. O por lo menos, la presencia del discurso debe ir acompañada y a ser posible por la presencia del testimonio. Es la vida la que acredita el Evangelio de Jesucristo; es la vida la que acredita el mensaje cristiano.

Después de leer el DEC, ¿cuáles son las cuestiones e interrogantes que deberían abordarse y considerarse en las próximas fases del proceso?

Una de las cuestiones que deberían abordarse es la transparencia para una Iglesia auténticamente sinodal, en la que estamos llamados a crecer en el camino que estamos recorriendo: “La Iglesia católica debe ser más abierta y transparente: todo se hace en secreto. Los órdenes del día y las actas del consejo parroquial nunca se hacen públicos, ni se discuten las decisiones del consejo de asuntos económicos, y los presupuestos no son públicos. No estamos ante un comentario individual, sino que sucede en muchas de nuestras parroquias. Creemos que la transparencia impulsará la verdadera responsabilidad de todos los procesos de toma de decisiones, incluidos los criterios utilizados para el discernimiento.

Una segunda cuestión que se debería afrontar con seriedad es la de repensar la participación de las mujeres. Esto se refiere, sobre todo, al papel de las mujeres y a su vocación, enraizada en la dignidad bautismal común, a participar plenamente en la vida de la Iglesia. Se trata de un punto crítico sobre el que se registra una creciente consciencia.

Desde todos los continentes llega un llamamiento para que las mujeres católicas sean valoradas como miembros bautizados e iguales del Pueblo de Dios. Ellas son las más comprometidas con el proceso sinodal, que parecen haberse dado cuenta no sólo de que tenían más que ganar, sino también más que ofrecer al ser relegadas a una orilla profética, desde la que observan lo que ocurre en la vida de la Iglesia. Y a esto hay que añadir que en una Iglesia en la que casi todos los responsables de la toma de decisiones son hombres, hay pocos espacios en los que las mujeres puedan oír su voz. Sin embargo, son la columna vertebral de las comunidades eclesiales, tanto porque representan la mayoría de los miembros más activos de la Iglesia. La Iglesia se enfrenta a dos retos relacionados: las mujeres siguen siendo la mayoría de quienes asisten a la liturgia y participan en las actividades, los hombres son una minoría; sin embargo, la mayoría de las funciones de toma de decisiones y de gobierno están en manos de los hombres. Está claro que la Iglesia debe encontrar formas de atraer a los hombres a una participación más activa en la Iglesia y permitir que las mujeres lo hagan más plenamente en todos los niveles de la vida eclesial (DEC 61-62). La falta de igualdad de las mujeres en la Iglesia se considera un obstáculo para la Iglesia en el mundo moderno.

¿Tiene sentido hablar de Sinodalidad y de verdadera reforma de la Iglesia cuando aún la mujer camina en la Iglesia, pero sufriendo aún la desigualdad? Creemos que en este camino hacia el sínodo de 2024 se debería revisar a la luz de las fuentes bíblicas, la actividad de las mujeres en la presidencia sacramental y en la dirección de la Iglesia. El papa Francisco hace esta observación en su exhortación *Evangelii gaudium*: “Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente” (EG 104).

La participación de las mujeres en igualdad de condiciones en la Iglesia católica es una cuestión estructural. No es suficiente hablar de modelo de circularidad sinodal de forma genérica. Es necesario ir a lo específico de las relaciones estructurales que conforman la Iglesia. Supone caminar al mismo paso, no detrás ni delante, y esto es posible si la cuestión de las mujeres se aborda al mismo tiempo que la reforma de la estructura, pues, si se hace una reforma estructural donde non estén las mujeres, no servirá de nada⁴.

Más de cuarenta años después de la *Christifideles laici* de san Juan Pablo II estamos en el mismo punto sobre la cuestión de las mujeres. La eclesiología del Vaticano II en este tema ha sido muy débil, frente a la tradición eclesiológica jerárquica y centralista. Todo ello favorecido por una gran resistencia de amplios sectores del clero a la presencia de mujeres en ambientes eclesiales que no fueran para el servicio (catequesis, Cáritas, mantenimiento y limpieza de las parroquias etc.). La eclesiología jerárquica y piramidal ha terminado por imponerse de nuevo. La realidad práctica de las diócesis y la visión de los obispos se ha impuesto frente a las teorías conciliares, y esto ha ido provocando un choque constante con el ambiente cultural aproximadamente democrático y tolerante de la globalización de las sociedades, aislando a la Iglesia de la significatividad social. Uno de los factores que ha contribuido a este aislamiento es la incapacidad de la jerarquía para dar pasos en la concreción de la presencia de las mujeres en la Iglesia. Todo ello sabiendo que actualmente el 80% de los miembros de la Iglesia son mujeres. Y reivindicar el sacerdocio de la mujer no es un acto de rebeldía, ni un ansia de poder, ni de ruptura con la Iglesia, es una consecuencia de amor de Dios a su pueblo que se da también en las manos y el corazón de las mujeres, que buscan una Iglesia evangélica, renovada y conciliar. Sin embargo, deseamos subrayar que no es una reivindicación de un sacerdocio jerárquico y patriarcal. El sacerdocio que reivindican las mujeres católicas es opuesto al clericalismo. La participación de las mujeres en el ministerio sacerdotal supone una revisión del sacramento y las implicaciones que este tiene⁵.

4 S. Martínez Cano, “Hablar de sinodalidad es hablar de mujeres”, en: R. Luciani – M. T. Compte (coords.), *En camino hacia la una Iglesia sinodal. De Pablo VI a Francisco*, PPC, Madrid 2020, 347-367.

5 Martínez Cano, “Hablar de Sinodalidad”, 363.

Mirando al futuro la cuestión central es el tema de Dios y no la Iglesia. Si en la Iglesia Sinodal no está en el centro la cuestión de Dios, caeremos ahora y a la larga en la autorreferencialidad y en una moda pasajera. Como había señalado hace unos años el teólogo dominico Jean-Marie Tillard, la vida de la Iglesia está sujeta a modas, a tantos golpes de fiebre que expresan preocupación, sin lograr, sin embargo, una conversión duradera. Así, a finales de los años 60, lo único que nos preocupaba era la “corresponsabilidad”, un concepto propuesto por el cardenal Suenens. Luego, en los años 80 impusieron otro tema, el de la “comunión”. Por eso, hoy se corre el gran riesgo de hacer de la Sinodalidad una nueva palabra mágica que sólo durará lo que duran las rosas⁶.

En estos momentos es muy importante la cuestión de Dios en nuestra sociedad posmoderna, caracterizada por la vuelta de la religión. Hoy no vivimos bajo el eslogan: “Cristo sí, Iglesia no; hoy el lema es “Religión sí, Dios no”⁷. Hoy vivimos no una crisis eclesial, sino una crisis de Dios, y de un debilitamiento de la fe de muchos creyentes, de nuestra Iglesia y de nuestras parroquias. A la luz de las necesidades actuales, extraña la escasa presencia en los textos conciliares de temas como la experiencia de Dios y la poca atención al elemento místico del cristianismo. Tal vez por eso, en las comunidades surgidas a partir del Vaticano II se ha podido denunciar con razón un serio déficit de mística cristiana. Todavía las comunidades cristianas no son hogares de oración y precisamos cultivar la “mística de ojos abiertos”⁸.

Finalmente, es necesario que el Sínodo sea un evento del Espíritu. A este respecto, un sociólogo creyente italiano, Giuseppe De Rita, ha deseado incluso un sínodo sobre el Espíritu Santo. Como buen sociólogo, observa que en la sociedad hay una sed de espiritualidad. Encuentro muy estimulante el análisis que hace:

6 G. Routhier, “La sinodalidad: dimensión constitutiva de la Iglesia y expresión del evangelio”, *Concilium* 390 (2021) 97-106, 97.

7 J. B. Metz, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Sal Terrae, Santander 2007, 79.

8 Aquí envió a mi artículo “Noción y fundamento teológico-pastoral de una Iglesia sinodal”, *Sinite* 190 (2022) 291-309.

“Todo señala la necesidad de un cambio de paradigma porque en la era del Espíritu no queda espacio para una Iglesia “organizada”. El sínodo, del que tanto se habla, corre el riesgo de responder a la lógica del Padre, o sea, jerárquico, para uso y consumo de los obispos, o del Hijo, en una fórmula mixta, jerárquica pero abierta a lo social, abierta a las aportaciones de todos, desde los sindicatos a las monjas de clausura...pero esta también sería una fórmula vieja, insuficiente. La cuestión hoy es acoger el ciclo próximo futuro del Espíritu, de la relación interior con Dios, de la apertura al misterio. Este es un ciclo mucho más laborioso porque no es filosófico, la dimensión aquí es la propia del misterio. El cristiano ahora está llamado a caminar hasta que llegue al monte Sion, y en medio no sabe qué encuentra; caminar en el desierto como habían hecho nuestros progenitores, pero sin referencias cotidianas, habituales...”⁹.

Hoy la Iglesia está llamada a acoger el ciclo próximo del Espíritu. El próximo sínodo de la Iglesia no será sobre el Espíritu Santo, pero indefectiblemente ha de ser una fuerte experiencia del Espíritu. Como ha observado el patriarca greco-ortodoxo Ignacio Hazim, “sin el Espíritu, la Iglesia es una simple organización, la autoridad un dominio y la misión es propaganda”. Sin el Espíritu y sin su luz, la sinodalidad no se daría y la pretensión de realizarla acabaría siendo su contradicción: una babel sin fin, incluyente y quizá también fuente de laceraciones y sinsabores graves¹⁰.

En abril de 2021 el papa Francisco dirigiéndose a los miembros del Consejo Nacional de la Acción Católica Italiana explicó los riesgos de quien no escucha al Espíritu Santo:

“Una Iglesia del diálogo es una Iglesia sinodal, que se pone unida a la escucha del Espíritu y de la voz de Dios que nos llega mediante el grito de los pobres y de la tierra. En efecto, el camino sinodal no es tanto un plan que hay que programar y realizar, sino ante todo un estilo que encarnar. Y tenemos que ser precisos cuando hablamos de sinodalidad, de camino sinodal, de experiencia sinodal. No es un parlamento, la sinodalidad no es hacer el parlamento. La sinodalidad no es la sola discusión de los problemas, de diversas cosas que hay en la sociedad.... Es más. La sinodalidad no es buscar una mayoría, un acuerdo sobre soluciones pastorales que

9 Citado por M. Grech, “Sínodo: evento del Espíritu”, en D. Keramidis - P. Coda - S. Nuin, *Una Iglesia que discierne*, Ciudad Nueva, Madrid 2022, 11-21, 12-13.

10 Grech, “Sínodo: evento del Espíritu”, 14.

hemos de hacer. Si hacemos solo esto no es sinodalidad; esto es un hermoso parlamento católico, está bien, pero no es sinodalidad porque falta el Espíritu. Lo que hace que la discusión, el parlamento, la búsqueda de las cosas sean sinodalidad es la presencia del Espíritu: la oración, el silencio, el discernimiento de todo aquello que nosotros compartimos. No puede haber sinodalidad sin el Espíritu, y no existe el Espíritu sin la oración”¹¹.

En un tema común a las pneumatologías contemporáneas de Oriente y de Occidente, está el sentido del Espíritu Santo, como “el desconocido más allá del Padre y del Hijo” (Hans Urs von Balthasar) o “como el paso infinito más allá de la diada” (Vladimir Lossky). Aquí tocamos algo muy importante y estimulante: el Espíritu es aquel que nos conduce siempre más allá. Más allá de nuestros prejuicios y miedos, más allá de nuestras resistencias y divisiones...El más allá es siempre Cristo y el Reino oculto en el misterio. Todas nuestras tradiciones y movimientos nacen y se sostienen como respuesta a este más allá. Es el más allá de sí mismo de Dios, no fuera del mundo, sino cada vez más profundamente dentro de él; al encuentro de Cristo resucitado y redentor y es la esperanza de todo tiempo¹².

5. Conclusión

El papa Francisco ha convocado un Sínodo que no trata un tema particular, sino que interpela a la conciencia de la Iglesia para que descubra su vocación sinodal. No para responder a una crisis, sino para acoger una gracia que nos pone en esa crisis evangélica permanente que es la invitación a la conversión: espiritual, pastoral, estructural.

El deseo que él ha expresado es que se trate de un auténtico evento del Espíritu, que implique al mayor número posible de personas, en este período crucial de reforma, purificación y discernimiento en relación con una nueva etapa del Evangelio (cf. EG 287 y 30).

11 Papa Francisco, *A los miembros del Consejo Nacional de la Acción Católica Italiana*, 30 de abril de 2021.

12 Grech, “Sínodo: evento del Espíritu”, 15-16.

“Para una Iglesia sinodal” es el objetivo. Pero ¿es un objetivo realísticamente posible? Ciertamente hemos de ser realistas: los obstáculos, la incertidumbre, las críticas, las resistencias, las inercias de tranquilidad, los riesgos... existen, son muchos e importantes. Tenemos que considerarlos, tomar las medidas oportunas y afrontarlos: pero sería imperdonable apagar el fuego de un proceso que el Espíritu Santo enciende en el corazón de la Iglesia.

El Vaticano II ha sido el arranque providencial del proceso que lleva hoy a la puesta en marcha del camino sinodal convocado por Francisco. Tal vez, afirma el teólogo italiano Piero Coda, “lo que estamos llamados a vivir es el acontecimiento eclesial más importante y más decisivo estratégicamente desde el Vaticano II hasta hoy, porque constituye la expresión más genuina y desafiante de la eclesiología del Vaticano II”¹³.

Sí, sínodo es lo que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio -precisa el papa Francisco-, no simplemente en los próximos años o en las próximas décadas. Porque se trata de un proceso largo, comprometedor, en gran parte inédito, ese en el que estamos enrolados. Se necesita confianza, valentía, creatividad, generosidad y perseverancia.

13 P. Coda, “Actitudes que aprender y cuestiones de método. Discernimiento comunitario en una Iglesia sinodal”, en D. Keramidis - P. Coda - S. Nuin, *Una Iglesia que discierne*, Ciudad Nueva, Madrid 2022, 29-44, 31.